ANTONIO DE LEZAMA Y ENRIQUE FEYJÓO

ALMA QUE HUYE

COMEDIA DRAMÁTICA, EN
UN ACTO Y DOS CUADROS,
ORIGINAL Y EN PROSA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1909

ALMA QUE HUYE

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE EL LIBERAL
Marqués de Cubas, 7

ANTONIO DE LEZAMA Y ENRIQUE FEYJÓO

ALMA QUE HUYE

COMEDIA DRAMÁTICA, EN UN ACTO Y DOS CUADROS, ORIGINAL Y EN PROSA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, 12
1909

ALMA QUE HUYE

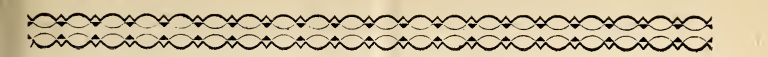
COMEDIA DRAMÁTICA
LA ESCRIBIERON AN
TONIO DE LEZAMA Y
ENRIQUE FEYJÓO

Se estrenó esta obra la tarde del 18 de Mayo de 1909, en el teatro Romea, de Madrid.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
JUANITA	RAMONA VALDIVIA.
PILAR	PILAR EZQUERRA.
MARIANA	ADRIANA CORONA.
FULGENCIA	AMPAPO MONTALT.
ALBERTO	JOSE PALACIOS.
DON FERNANDO	TIRSO LOMBÍA.
LUIS	ALEJANDRO MAXIMINO.
CARLOS	IGNACIO VALERO.
DON ANTONIO	ALBERTO BENETY.
ANTOLIN	ANTONIO PALACIOS.

Epoca actual



CUADRO PRIMERO

Terraza al mar. Al fondo, balaustrada. A derecha é izquierda, escalerillas de entrada á dos pabellones. Playeras, veladores con periódicos, refrescos, labores de señora, etc. Un sillón en el centro de la escena.
Todo con lujo y elegancia.

ESCENA PRIMERA

DON FERNANDO Y ANTOLÍN

ANTOLÍN. Los señores han bajado á la playa. Me encargaron que le rogase aguardara su llegada, á menos que usted no prefiriera salir á su encuentro.

DON FERN. No; les esperaré. Los años y esta pierna abatida por el reúma no me permiten escarceos. Gozaré del fresco mientras esos señores vuelven.

ANTOLÍN. *(Desde la puerta.)* El señorito Luis llega en este momento.

DON FERN. Me alegro, me alegro. (Será una pequeña mortificación que Dios me tendrá en cuenta.) *(Vase Antolín.)*

ESCENA II

DON FERNANDO Y LUIS

LUIS. ¡Calle! ¡D. Fernando! No me esperaba esta sorpresa.

DON FERN. Ni yo tampoco; pero, así y todo, no es tan grande como la de usted. ¡Venir buscan-

do la sociedad de unas muchachas y encontrarse con un cura gruñón y lleno de alifafes!...

LUIS. Al contrario. Ya sabe usted mi carácter. Me agrada el trato con personas serias y me encantan las pláticas piadosas. ¿No cree usted que estoy en lo cierto?

DON FERN. No. Su manera de proceder me parece impropia de sus años y un poco forzada. Yo, en todo soy moderado.

LUIS. ¡Sin embargo!...

DON FERN. Por esto, cuando salgo de mi iglesia, procuro dejarme en ella todo lo que puedo de severidad; y... hago punto, porque, á pesar de su afición á las pláticas, pronto le cansaría á usted, que, de fijo, prefiere las que sostiene con Pilar.

LUIS. ¡Oh, eso no! ¿Piensa usted que le hago el amor á la sobrina de D. Antonio?

DON FERN. ¡Naturalmente! ¡Y no me sorprende! Guapa, joven y rica, tiene que agradarle á cualquier muchacho; y... por muy desinteresado que éste sea, ¡la dote es tan bonita!...

LUIS. *(Revelando sorpresa.)* Ignoraba que fuese rica.

DON FERN. *(Con fina ironía.)* Eso me figuraba yo, y decía: he ahí un obstáculo que se le presenta al pobre Luis.

LUIS. A saberlo, no me hubiese atrevido. Pero mi cariño ha arraigado de tal forma, que quizás no consiga olvidarla fácilmente.

DON FERN. *(Irónico.)* Sí; hay cosas que no se le quitan á uno de la imaginación. *(Pausa.)* ¿Ha visto usted á Carlos?

LUIS. Fuí á recibirle al muelle, con la familia. Está muy cambiado. Diríase que la ciencia se le ha subido á la cabeza. Sus primeras palabras fueron prometer la curación de su hermano. *(D. Fernando da*

golpecitos con el bastón.) Perdone usted si le molesto; pero Carlos fía demasiado en sus conocimientos. La luz de los ojos sólo la devuelve quien la quita: Dios.

DON FERN. Pues yo creo firmemente en la ciencia, y no juzgo imposibles las esperanzas de Carlos.

ESCENA III

DICHOS Y MARIANA, PILAR, JUANITA, DON ANTONIO Y ALBERTO

(Mariana, del brazo de Pilar; detrás, el ciego, apoyado en el brazo de Juanita. Mariana y D. Antonio van á sentarse al velador en que estaban el cura y Luis, y este último ayuda á Pilar y Juanita, que acomodan al ciego en el sillón.)

DON FERN. Corto ha sido el paseo.

MARIANA. Perdonen ustedes. Creímos que bajarían á la playa, que está deliciosa.

JUANITA. *(Solícitamente.)* ¡Cuidado, Alberto! No andes tan deprisa.

PILAR. *(A Luis.)* ¿Quiere usted acercar ese sillón?

ALBERTO. ¡Por los clavos de Cristo, muchachas! ¡Que no soy de mantequilla!

JUANITA. Es que puedes tropezar.

LUIS. ¿Y de eso te quejas, ingrato? *(A Pilar.)* Mi mayor placer sería que unos ojos como los de usted guiasen mi camino.

PILAR. Luis, creo que no le hace falta lazarillo.

DON FERN. ¿Y ese mediquillo? ¿Se ha quedado en la playa coleccionando conchas?

MARIANA. No ha bajado con nosotros.

DON ANT. Viene loco con la idea de curar á su hermano. *(Con tristeza.)* ¡Quiera Dios que se logren sus propósitos!

ALBERTO. Le hicimos un recibimiento magnífico. Juanita y yo combinamos el *menú.*

PILAR. Y hasta pensamos en arcos triunfales; pero las protestas é indignación del jardinero, al saber que había que cortar ramas de los árboles, nos hicieron desistir.

DON FERN. *(Burlón.)* Vamos, la grandeza del recibimiento se limitó á una indigestión.

JUANITA. *(Sirviendo refrescos.)* Tía, ¿qué quiere usted tomar?

MARIANA. Zarza.

PILAR. Don Fernando, ¿un poco de benedictino?

DON FERN. Sí, hija mía. Los viejos somos, generalmente, muy golosos.

PILAR. A usted, Luis, ¿qué le doy?

LUIS. Una contestación á lo que le pedí ayer y quedaré satisfecho.

PILAR. *(Burlona.)* ¿Para qué tanto hielo? Conténtese usted con esta horchata.

DON FERN. *(Aparte é ingénuamente.)* ¿Qué le habrá pedido á esa criatura?

ALBERTO. *(A Juanita.)* A ti, nadie te obsequia. Anda, bebe de mi copa.

JUANITA. *(Con tristeza.)* Gracias, Alberto.

DON ANT. ¿Sabe usted, Don Fernando, que ya han florecido mis rosales? ¿Quiere usted verlos?

DON FERN. Vamos allá. Señora, su marido de usted va á conseguir que no digiera el benedictino. *(Entran los tres en el pabellón de la derecha.)*

ESCENA IV

PILAR, JUANITA, ALBERTO Y LUIS

JUANITA. ¿En qué piensas?

ALBERTO. ¿En qué he de pensar, teniéndote á mi lado?

JUANITA. ¡En tantas cosas!

ALBERTO. ¿Y eres tú quien dice eso?

LUIS. Cuando mira usted al mar, ¿piensa usted en alguien que no llega? ¡Parece usted tener tan lejos la imaginación!...

PILAR. *(Distraída.)* No.

LUIS. Entonces, ¿está cerca la causa de sus males?

PILAR. *(Volviendo á la realidad.)* No sé. Ni lejos, ni cerca. Cambiemos de conversación.

LUIS. No será sin que antes le haga una pregunta. Alberto, ¿es mi rival?

PILAR. No. Usted tiene mi afecto de amiga; él, mi cariño de hermana; una adhesión fraternal.

LUIS. *(Dudando.)* ¿Puramente fraternal?

PILAR. Sí; y que además la aumenta sus amores con Juanita. Sería yo muy mala si la manchase con pensamientos amorosos.

LUIS. Ese cariño es una puerilidad.

PILAR. Se quieren y son felices.

LUIS. Eso es. Alberto no puede juzgar el rostro de Juanita, y ella, amada por él, ve realizarse lo que no hubiera pasado de un sueño si tuviese vista.

PILAR. Un amor no es más que un conjunto de ilusiones, y la ilusión tiene su principal atractivo en que no la vemos. ¿Cómo será el amor de un ciego, que vive en la constante ilusión de su ceguera?

LUIS. Es indudable que usted le quiere.

PILAR. Sé que no es para mí. Le querré como aman la gloria muchos que están seguros de no alcanzarla jamás.

JUANITA. Deja de pensar en cosas tristes y hablemos.

ALBERTO ¿Para qué? La tristeza es mi compañera inseparable.

JUANITA. No te mortifiques de ese modo.

ALBERTO. No se borra de mi imaginación el resplandor del incendio que hubo en casa, la terrible escena que presencié y que mató la luz de mis pobres pupilas.

JUANITA. Parece que saboreas tu pena.

ALBERTO. *(Distraído.)* ¡Qué horrible es ser ciego! En aquellas penosas y larguísimas noches de mi enfermedad, en que la fiebre me postraba, abría los ojos y... miraba... miraba, sí, y no veía más que tinieblas...

JUANITA. Me tienes á mí, que te quiero con toda mi alma.

ALBERTO. Es el único recuerdo dulce de aquella época. Tú, que velabas mis noches de insomnio, anhelosa, vigilante, acordando tu respiración al ritmo de la mía, y absorbiéndome con tus miradas, que sentía flotar sobre mi frente como un aleteo de besos.

JUANITA. ¿A qué me recuerdas todo eso?

ALBERTO. Díme que me quieres.

JUANITA. No desconfíes de mi cariño. ¡Ojalá fuese el tuyo tan firme!

ALBERTO. ¿Crees que te ha de faltar?

JUANITA. Sí.

ALBERTO. ¿Cuándo?

JUANITA. Cuando veas.

ALBERTO. Imposible. De niño, recuerdo que mi cariño iba siempre unido á mi admiración.

JUANITA. Eso ocurría entonces. Ahora, no podría ser. Eres artista y verías que no soy hermosa.

ALBERTO. ¿Que tú no eres hermosa?... ¡No puede ser!...

JUANITA. *(Mirándole con amor.)* ¡Alberto!

ALBERTO. Mis ojos carecen de vida; pero te concibo hermosa, como siente en su alma el escultor la estatua que ha de cincelar.

JUANITA. ¡Qué poeta eres!

ALBERTO. Has alegrado mi vida, trayéndome un rayo de luz.

JUANITA. El día que veas sufrirás una desilusión tan grande, que acabará con mi felicidad. *(Llora.)*

PILAR. Nada; es inútil.

LUIS. Pero, si no son más que ideales.

PILAR. Pues déjeme con ellos. ¡Desgraciados los que cruzan por el mundo sin algo que les aparte de la realidad!

LUIS. Pero...

PILAR. Perdone usted si me retiro. Mi hermana y Alberto están callados y quiero ver qué les pasa. ¿Viene usted?

LUIS. No; muchas gracias.

PILAR. *(Viendo llorar á su hermana.)* Juanita, ¿qué tienes?

ALBERTO. *(Sobresaltado.)* ¿Qué, qué le pasa?

JUANITA. *(Disimulando.)* Nada, nada. Figúrate que Alberto tiene unas ocurrencias... Me decía sus proyectos si tuviese vista, y, luego... cuenta las cosas de un modo...

PILAR. Vaya, mujer, entreténle y hablad de otra cosa. *(Hojea unos periódicos.)*

ALBERTO. ¡Si yo tuviese vista!

JUANITA. Tu hermano asegura que la recobrarás muy pronto.

ALBERTO. Entonces veré tu indiferencia.

JUANITA. ¡Qué mal pagas mi cariño!

ALBERTO. Cariño, no. Compasión. Un ciego sólo puede inspirar lástima; amor, imposible.

JUANITA. Pero, óyeme...

ALBERTO. Creí ver en ti la idolatrada de mi alma y sólo eres ¡la hermana de la caridad! *(Juanita esconde la cabeza entre las manos.)*

ESCENA V

DICHOS Y MARIANA, DON FERNANDO, DON ANTONIO Y Á POCO RATO CARLOS

DON FERN. Nada; usted dirá lo que quiera, pero esas flores están faltas de riego. Yo las tengo más hermosas, sin poseer la magnífica estufa de ustedes. A mí, las flores de invernadero me parecen flores enfermas...

DON ANT. Pero, Don Fernando...

DON FERN. Flor que no está bañada de sol, que no recibe el rocío y que no le agita el viento, no es flor; es como esos niños de los hospicios é inclusas. Niños que no son niños, sino viejos prematuros á quienes no falta más que los años y las arrugas.

MARIANA. Aquí no hablan más que los viejos.

LUIS. Señora, miraba al mar.

DON FERN. (Y hacía cuentas.)

CARLOS. Vaya. Mañana mismo empezaré el tratamiento. Yo me encargaré de esas corrientes eléctricas á que tiene el doctor tanto miedo. *(Saluda.)* Le he hecho rabiar bien.

JUANITA. Eres inexorable con el pobre doctor.

ALBERTO. Aquí todos gozamos con sus riñas... Es decir, todos, no. A Luis le hacen poca gracia.

LUIS. Es mi carácter.

DON FERN. Hace usted mal en no modificarlo.

LUIS. He sufrido mucho.

DON FERN. También yo he tenido mis penas, al lado de las cuales las de usted tal vez parecieran alegrías.

LUIS. La vida es tan malvada, que si uno no se retrae...

DON FERN. La vida no es mala ni buena. La vida es... eso... sencillamente, la vida. Los buenos ó los malvados somos nosotros.

PILAR. Las personas adustas son las que nos amargan con su humor atrabiliario.

CARLOS. *(A Luis.)* Esta vez eres tú el que recibe el chaparrón. Deja ese genio y acompáñame á París para ayudarme á levantar la casa que allí puse.

LUIS. No; gracias. *(Con ironía.)* Los espíritus libres sois los que únicamente podeis simpatizar con aquel escándalo. Yo prefiero costumbres más austeras.

DON ANT. Habla usted de París como quien sólo lo conoce por la «buena Prensa».

LUIS. Al ir á Roma en peregrinación me detuve dos días en esa capital, y...

DON ANT. Y se iría usted derecho á los bulevares, teatros y «cafés-concert».

CARLOS. Viste el edificio por la fachada, únicamente. Si hubieras estado más tiempo, te convencerías de que nosotros, más virtuosos... ó más hipócritas, tenemos mucho que aprender. De allí traigo yo...

LUIS. ¡Ah! ¡La panacea universal!... ¡Algún elixir parecido á esas navajas de cien usos, que no sirven para nada!

CARLOS. De París traigo mis entusiasmos, la poca ciencia que poseo. Allí aprendí que, cuando hay algo que sirve de obstáculo á los fines sociales, se le aparta á un lado ó se le pone en estado de no perjudicar.

LUIS. No. ¿Verdad, Don Fernando, que el progreso así entendido es odioso y francamente ateo? ¡Fíjese en las tendencias de Carlos!

DON FERN. ¿Para qué? Cuando devuelve la vista á una persona, se hace digno del nombre de cristiano.

LUIS. No será Carlos quien haga que vea su hermano.

ALBERTO. Carlos podrá no haber hallado solución al problema; pero su trabajo no es inútil.

Si no es él, será otro como él. Una te-ligencia y un corazón hechos volun d...

CARLOS. — *(Abrazando á Alberto.)* Gracias. Tú has contestado por mí

LUIS. — Pero, la vista de Alberto...

CARLOS. — ¡La vista de Alberto! Sostuve siempre que no estaba perdida. Ahora lo afirmo rotundamente. Alberto es un enfermo. Curémosle y verá.

DON FERN. — ¡Dios te oiga!

LUIS. — *(A Don Fernando.)* Más fe tengo en las oraciones de usted que en los atrevimientos de Carlos.

DON FERN. — (Qué fastidiosos son los falsos místicos!)

PILAR. — *(A Juanita.)* ¿Has oído?... ¡Qué alegría!...

JUANITA. — *(Con tristeza.)* Sí... ¡Qué alegría! *(Lentamente va á sentarse á una playera.)*

LUIS. — *(A Don Fernando.)* ¿No quería usted marcharse pronto?

DON FERN. — Vamos allá. Adiós, Mariana.

LUIS. — Señora, á los pies de usted. Vaya, Don Fernando, en la tartana seguiremos hablando...

DON FERN. — *(Vivamente.)* ¿De esto?... ¡Ca!... Si no me promete una tregua, va usted solo en el coche. Ya no quiero más discusiones.

ESCENA VI

DICHOS, MENOS DON FERNANDO Y LUIS

(D. Antonio y Carlos se sientan á uno de los veladores. Los demás, á excepción de Juanita, que no se ha movido, forman grupo. Al final de la escena va anocheciendo.)

DON ANT. — Hijo, tus afirmaciones me parecen un poco atrevidas. ¿Has pensado bien á lo que te expones ensayando un tratamiento en tu hermano?

CARLOS. Sí. La enfermedad de Alberto no es nueva para mí. Son muy frecuentes estos accidentes, de los cuales las minas, las fábricas de vidrio, dan gran contingente á las Clínicas.

PILAR. ¿No le parece á usted, tía, que hace ya fresco?

MARIANA. Sí; entremos.

CARLOS. *(Á Alberto.)* Anda, apóyate en mi brazo.

ALBERTO. Y el tratamiento, ¿cuándo empieza?

CARLOS. Mañana mismo entro en funciones de médico. ¿Tienes fe en mí?

ALBERTO. Ciega, como yo. *(Todos se dirigen al pabellón.)*

PILAR. Pero, ¿está aquí Juanita? *(La toca un brazo.)* Anda, vamos. Juanita... Juanita... ¿Qué te pasa?... ¿Estás mala?...

DON ANT. ¿Qué?... ¿Qué hay?...

MARIANA. *(Asustada.)* ¿Le ocurre algo?

ALBERTO. *(Avanzando á tientas.)* ¿Qué tiene Juanita?...

CARLOS. *(Auscultándola.)* Nada; no asustarse. Un ligero desvanecimiento. (¡Un colapso cardíaco!)

PILAR. Sin duda, tanta emoción. ¡Tiene un corazón tan grande!...

CARLOS. *(Con pena.)* Sí. Demasiado grande.

CUADRO SEGUNDO

La escena, partida. A la izquierda, un recibimiento elegante. A la derecha, la alcoba de Juanita, que está echada en una butaca. Todo con mucho lujo.

ESCENA PRIMERA

DON FERNANDO, ANTOLÍN Y FULGENCIA, EN EL RECIBIMIENTO. EN LA ALCOBA, JUANITA Y CARLOS

FULGENCIA. La señorita pasó la noche más tranquila; pero, á ratos, respiraba con dificultad.

ANTOLÍN. A mí me parece...

DON FERN. ¿Qué?

ANTOLÍN. Que la *enfermedá* no está en el cuerpo. Yo creo que debe sufrir por otra cosa.

FULGENCIA. Pero, hombre... ¿Tú qué sabes?

ANTOLÍN. Mira, Fulgencia: cuando no sepas apreciar, cállate. Sí, señor. Ella debe tener algo muy *metío* aquí. *(Se señala el pecho.)*

DON FERN. Tú... ¿Sabes algo en concreto?...

ANTOLÍN. ¡Ca; no, señor! No son más que apreciaciones.

DON FERN. ¿Será verdad lo que dice este? No; seguramente son... apreciaciones...) *(Entra en la alcoba.)*

FULGENCIA. *Cuidiao* que eres lengua larga... y cómo metes la pata por tirártelas de *exprimentao*.

ANTOLÍN. Sí; como lo que te conté anoche en la cocina...

FULGENCIA. Figuraciones tuyas. Te debían hacer picadillo.

ANTOLÍN. ¿Te acuerdas de cuando le hicieron la operación de los ojos al señorito Alberto?...

FULGENCIA. Ya lo creo. *¡Probecillo!* ¡Sufrió tanto!

ANTOLÍN. Ninguna de las señoritas había visto *entodavía* al enfermo. La operación salió bien, pero los médicos no le dejaban aún que viera la luz del sol.

FULGENCIA. Por eso habían mandado poner aquellas cortinillas grises y entornaban las ventanas.

ANTOLÍN. Eso es. Por fin, llegó el día en que había de salir del cuarto oscuro...

FULGENCIA. Yo había ido á la botica.

ANTOLÍN. Por eso no supiste nada.

FULGENCIA. *(Curiosa.)* Cuenta, cuenta lo que pasó.

ANTOLÍN. Salía de la alcoba entre los señores. Iba como atontado por lo que veía, cuando... de pronto...

FULGENCIA. ¿Qué?...

ANTOLÍN. Vió á la señorita Pilar, que le miraba sin poder hablar. Precipitarse á sus pies se hizo en menos que canta un gallo. La cogió una mano y la decía: «¡Juanita, eres un angel! ¡Eres como cuando te veía de niño!... ¡Miren ustedes qué mujercita más mona tengo!»

FULGENCIA. ¡Dios!... Pero los señores, ¿qué hicieron?

ANTOLÍN. Iba á arreglarse todo, cuando, de sopetón, entra la señorita Juana, que ve á su novio á los pies de su hermana...

FULGENCIA. Y... ¿qué dijo entonces?...

ANTOLÍN. ¡Decir!... ¡Sí, sí!... ¡Para hablar estaba!... Llegó hasta las espaldas del señorito Alberto y quiso volverle, zamarreándole de los hombros...

FULGENCIA. El, se volvería.

ANTOLÍN. Más hubiera valido que no. Se volvió, sí, y preguntó con malhumor: «¿Quién es usted?»

FULGENCIA. ¡Qué cosas, Dios! Pero... luego se arregló todo.

ANTOLÍN. Pareció arreglarlo Don Fernando; ese

bello sujeto, que parece mentira que *sía* cura.

FULGENCIA. *Verdaz* es que no hay alegría, á pesar de la boda.

ANTOLÍN. Porque no están tan *apegaos* como nosotros. *(La hace un mimo zafio.)*

FULGENCIA. ¡Quita, tonto!

ANTOLÍN. A partir de aquel día, se resintió mucho la salud de la señorita Juana...

FULGENCIA. Dicen que el mal está aquí. *(Se señala el corazón.)*

ANTOLÍN. No sé. Pero el señorito Luis, al oirle algo así al doctor, soltó un terminacho de los suyos.

FULGENCIA. ¿Qué?

ANTOLÍN. Esa finca está gravada en primera hipoteca.

FULGENCIA. Y... ¿qué es eso de hipo...hipo... teca?

ANTOLÍN. No sé. Debe ser una cosa así como al que poco á poco le van arrancando algo que es muy suyo. *(Suena la campanilla.)*

FULGENCIA. Voy á ver quién es. *(Sale.)*

ESCENA II

DICHOS, MENOS FULGENCIA

CARLOS. *(Pasando al recibimiento.)* Antolín, ve á la botica y que te den esta receta.

ANTOLÍN. ¿Hay que aguardar?

CARLOS. No vuelvas sin la medicina. *(Vanse los dos.)*

ESCENA III

JUANITA Y DON FERNANDO

DON FERN. Ya estamos solos, hija mía. A ver, ¿de qué te acusas?... ¿De no poderle hacer ciga-

rrillos á tu marido?... ¿De gastarle mucho dinero en trapos?...

JUANITA. No se chancee usted; mi secreto es más amargo. Es el haber muerto la esperanza de dos seres que se querían.

DON FERN. ¡Si eres una buena alma, que está muy por encima de las cosas de este mundo!

JUANITA. Y que debiera marcharse de él. ¡Tal vez así pudieran ser felices los demás!

DON FERN. No entiendo. Habla más claro.

JUANITA. Puedo calumniar.

DON FERN. ¿Calumniar?... Si lo haces por ignorancia, tu ingenuidad lo disculpa y mi discreción lo subsana. Si dices verdad... ¿Qué mal hay en ello?...

JUANITA. Hay circunstancias en que una verdad asesina mejor que una calumnia, y, en mi situación, mejor quisiera calumniar.

DON FERN. Calma, hija mía. ¿Acaso no eres feliz en tu matrimonio?... ¿Está indiferente tu marido?...

JUANITA. Alberto es muy bueno conmigo; pero eso no es decir que me quiere.

DON FERN. Pero, vamos á ver. ¿Qué piensas de Alberto?

JUANITA. ¡Que no es mío su cariño!

DON FERN. No digas *no es mío*, porque parece que te lo han quitado.

JUANITA. Está bien dicho. Ya no es mío.

DON FERN. ¿Por qué?... ¡Si no se aparta de ti!

JUANITA. Porque es de otra.

DON FERN. Pero, Dios mío... ¿Dónde está esa otra?...

JUANITA. *(Con firmeza.)* En casa.

DON FERN. Esas son alucinaciones tuyas... *(La coge una mano.)* Mira, niña, tienes un poco de calentura; basta por hoy.

JUANITA. Es inútil. Ya he dicho lo peor... Mi penoso secreto es como el agua vertida desde una altura, y ya no tenéis que recoger más que las últimas gotas.

DON FERN. Bien; continúa. Pero, ten serenidad. Dices que está aquí quien te ha arrebatado su cariño... ¿Quién es?... *(Pausa.)* ¿Lo ves?... Ni tú misma lo sabes... ¿Quién iba á ser?...

JUANITA. *(Con energía.)* Mi hermana.

DON FERN. *(Asombrado.)* Eso es... Supones que tu hermana... No desvaríes... Son imaginaciones tuyas...

JUANITA. ¿También lo fueron, cuando recobró la vista, aquella... equivocación?...

DON FERN. Sólo fué un error.

JUANITA. Imaginaciones... el buscarse inconscienmente...

DON FERN. *(Nerviosamente.)* ¡Casualidades!

JUANITA. Y el encontrarse frecuentemente sus ojos...

DON FERN. ¡Coincidencias!... Fíate en mi experiencia de hombre y de anciano.

JUANITA. Mi intuición de mujer enamorada ve más lejos que usted.

DON FERN. Pero, ¿de dónde sacas tú el absurdo de que Alberto y tu hermana se... se... quieren?...

JUANITA. Lo diré rápidamente. Ya sabe usted mi error al casarme con Alberto, fea y enferma...

DON FERN. No digas tontunas. Tú eres un angel.

JUANITA. Don Fernando, los hombres no quieren ángeles para el matrimonio, sino mujeres.

DON FERN. ¡Qué cosas dices!

JUANITA. En la confusión de Alberto sólo vi un error, y, mal aconsejada, consentí en su sacrificio, llena de fe en el porvenir...

DON FERN. Y fuisteis felices...

JUANITA. ¡Poco tiempo duró!... Caí enferma, y mis suegros, alarmados, enviaron á Pilar...

DON FERN. Y cuando se vieron, ¿notaste algo?...

JUANITA. Al principio, no. Después empezaron las sospechas. Dudé; sufrí mucho... lloré más

y... ¿A qué seguir contando?... Ahora creo que todo terminará.

DON FERN. ¡Hija mía!

JUANITA. ¡Un cariño sin esperanza!... ¡Usted no sabe lo que es eso, padre!... ¡Yo, sí!... ¡Es tan doloroso!...

DON FERN. *(Ensimismado.)* ¡Muy doloroso!.. *(Transición.)* Y tú piensas...

JUANITA. Morirme pronto, y desde allá arriba pedir á Dios que les dé toda la felicidad que yo no tuve... ¡Y será mucha!... ¡Créalo usted! ¡Será mucha!...

DON FERN. ¡Vaya, vaya!... Tendré que curar tu alma enferma.

JUANITA. Las lágrimas no las seca el consuelo; es el viento el que las evapora. Pronto descansaré, y mi espíritu, libre, irá á esa región en que las almas no se envenenan... en que todas son hermosas...

DON FERN. ¡Calla, que viene gente; ya hablaremos!

ESCENA IV

DICHOS, MARIANA, CARLOS Y ALBERTO; ESTOS DOS EN EL RECIBIMIENTO

DON FERN. ¡Cuidado, Mariana; está descansando!

MARIANA. ¿Duerme?

DON FERN. No; pero conviene no turbar su reposo. *(Hablan en voz baja.)*

ALBERTO. ¿Tú encuentras de gravedad á mi mujer?

CARLOS. Es una enfermedad muy rara... *(Disimulando.)* ¡Su decaimiento es tan grande!...

ALBERTO. ¿Está peor?... Dime la verdad.

CARLOS. Sí; tiene una fiebre muy alta, el corazón funciona con irregularidad... Me temo...

ALBERTO. ¿Una catástrofe?...

CARLOS. No sé. Tal vez hoy ó mañana sobrevenga una crisis que hay que prevenir.

JUANITA. *(A Don Fernando.)* ¿Y Pilar y Alberto?...

DON FERN. *(Mirando á su alrededor.)* Es verdad... ¡Voy á buscarlos! (¡Ay, humanidad!... ¡Siempre la misma!...) *(Al llegar á la puerta entran Don Antonio y Pilar.)* ¡Ah!... *(A Juanita.)* Ahí tienes á tu hermana.

ESCENA V

DICHOS, DON ANTONIO Y PILAR

ALBERTO. Entremos en la alcoba.

CARLOS. *(A Don Fernando.)* Oiga, padrino, esta noche quédese en casa.

MARIANA. *(A Carlos.)* ¿Acostamos á Juanita?...

CARLOS. No. Todavía es temprano.

ALBERTO. Es lo mejor. Estableceremos turno para velarla.

CARLOS. Perfectamente. Nos quedaremos los jóvenes.

DON ANT. Voy al despacho. Luis está solo y parece una descortesía... *(Don Antonio y Mariana se marchan.)*

ESCENA VI

DON FERNANDO, JUANITA, PILAR, CARLOS Y ALBERTO

DON FERN. *(A Pilar, que sentada tras un pequeño biombo lee un devocionario.)* ¿Vas á quedarte?

PILAR. Sí.
DON FERN. *(Vacilando.)* Os acompañaré.
ALBERTO. Cómo... ¿Ya empieza la desobediencia?... ¿Para qué tanta gente?...
DON FERN. *(A Carlos.)* ¿Tú también te quedas?...
CARLOS. Eso convinimos.
DON FERN. Entonces, bueno; me iré un rato á tu cuarto. *(Vase.)*

ESCENA VII

JUANITA, PILAR, ALBERTO Y CARLOS

CARLOS. *(A Alberto.)* ¿A qué hora le dieron la medicina á tu mujer?...
ALBERTO. A las diez.
CARLOS. Ya es tiempo de ir preparando la poción. Vigilad á la enferma; en seguida vuelvo. *(Se marcha.)*

ESCENA VIII

JUANITA, PILAR Y ALBERTO

ALBERTO. *(Contemplando á Juanita.)* La fatiga la ha rendido.
PILAR. ¿Duerme ahora?
ALBERTO. Parece más tranquila... Tú, ¿qué hacías?...
PILAR. Intentaba rezar; pero...
ALBERTO. ¿Qué?...
PILAR. Interrumpían las penas mis oraciones y las hacían huir para llenar mi imaginación de recuerdos.
ALBERTO. Lo comprendo.
PILAR. Somos malos, Alberto; muy malos. Ya ves, es mi hermana... tu mujer... y, sin embargo, la conciencia me arranca de ahí, que es mi deber.

ALBERTO. ¡Conciencia! ¡Deber!... ¡Palabras!... ¡Palabras!...

PILAR. ¿Palabras?... Antes conocíamos los dos su valor, Hoy, no; porque no existen para nosotros.

ALBERTO. ¡La fatalidad!...

PILAR. Tan imposible es la disculpa como evadir responsabilidades.

ALBERTO. Tienes razón. No fué la fatalidad; fué el unirme á tu hermana, cuando eras tú quien impresionó mi alma desde niño. Mi ceguera había trocado la imagen de tu hermana y la tuya. Obré impulsado por la lástima y el agradecimiento, y vine á ser la víctima. Todos mis afanes y desvelos se los dediqué á Juanita, queriendo compensar de este modo cuanto había hecho por mí.

PILAR. ¡Y qué bien se lo hemos pagado!... ¡Aquella noche!... ¡Tengo tan presente su recuerdo!...

ALBERTO. ¡Calla, Pilar!... ¡Aquella noche!...

PILAR. Sí; no te haga traición tu memoria como le hizo tu corazón. Era una como ésta... *(Juanita da una vuelta, dormida. Al ruido, ambos se estremecen. Alberto se aproxima á su mujer, la contempla y vuelve con Pilar.)*

ALBERTO. ¡Es verdad!... Tú, á un lado de la cama, y yo, al otro. Tan pronto se encontraban nuestros ojos, como huían para contemplar la fantasía de sombras de la lamparilla...

PILAR. Los dos nos inclinamos para hacerla beber una medicina...

ALBERTO. Y... al sentir la caricia de tu pelo en mi cara...

PILAR. *(Tapándose el rostro.)* ¡Dios mío!

ALBERTO. En un beso se unieron nuestros labios. Cuatro pedacitos de carne que se contraen

para unirse, crean amor y emancipan almas.

PILAR. ¿Sabes tú qué resultó de aquel beso?... La deshonra, la vergüenza...

ALBERTO. ¡Pobre Pilar!... No me guardes rencor.

PILAR. Si á alguien disculpo es á ti, que sin medir tus fuerzas cargaste con una cruz demasiado pesada, y que al chocar con la realidad se hizo añicos.

ALBERTO. ¡Qué buena eres!... ¿Quieres que purifiquemos nuestro cariño con el sacrificio?

PILAR. Mi desgracia no se puede ocultar.

ALBERTO. *(Asombrado.)* ¿Qué?... ¿Qué dices?... No sabes lo que hablas.

PILAR. Que tendré que huir para morir en la vergüenza. Donde nadie me conozca, despreciada por todos.

ALBERTO. Eso, jamás. El sacrificio de mi vida es poco para reparar el daño que te he hecho.

PILAR. Gracias, Alberto. *(Le da la mano.)* En ti fío.

ALBERTO. ¿La mano?... No... *(Con pasión.)* ¡Un beso!

PILAR. Empecemos á ser fuertes. *(Juanita abre los ojos y los mira, extraviada.)*

ALBERTO. *(Insinuante.)* Creeré que me niegas tu perdón.

PILAR. ¡No!... ¡No!... ¡Qué intranquilidad!... *(Juanita se incorpora un poco.)*

ALBERTO. *(Abrazando á Pilar.)* Dicen que á los ojos se asoma el alma. Acércate á mi cara y leerás en ellos el porvenir. *(La besa apasionadamente.)*

JUANITA. ¡Ah! *(Se lleva una mano al pecho y queda muerta.)*

ESCENA IX

DICHOS Y DON FERNANDO, QUE ABRE EN AQUEL MOMENTO LA PUERTA Y PRESENCIA LA ESCENA

DON FERN. ¡Era verdad, Dios mío!

PILAR. *(Queriendo arrodillarse á sus pies.)* ¡Padre mío!

DON FERN. *(Rechazándole hacia Juanita.)* No; á mis pies, no; ahí.

ALBERTO. ¡Don Fernando!...

DON FERN. Ya sé lo que vas á decir... Yo, ni sé ni he visto nada. (¡Perdóneme Dios la piadosa mentira!...)

PILAR. ¡Juanita, Juanita!...

DON FERN. Es inútil. ¡Pobre angel!...

PILAR. / ALBERTO. *(Gritando.)* ¡Mariana, Carlos, padre!

ESCENA FINAL

DICHOS, CARLOS, MARIANA, DON ANTONIO Y DESPUÉS LUIS

CARLOS. ¡Lo que me temía: el aneurisma! Ha debido sufrir alguna conmoción.

ALBERTO. *(A Don Fernando.)* ¡Malhaya amor!...

DON FERN. *(A Alberto.)* No; si amas de corazón, sigue amando. *(A Pilar.)* Tú, hija mía, llora, llora con toda tu alma y purifícate. Una gran pecadora también fué perdonada por amar mucho.

LUIS. *(Entrando.)* ¿Ha muerto sin sacramentos?

DON FERN. Era una alma pura y el dolor redime. Alma hermosa, alma grande. ¡~~Era~~ Era un alma que huye!

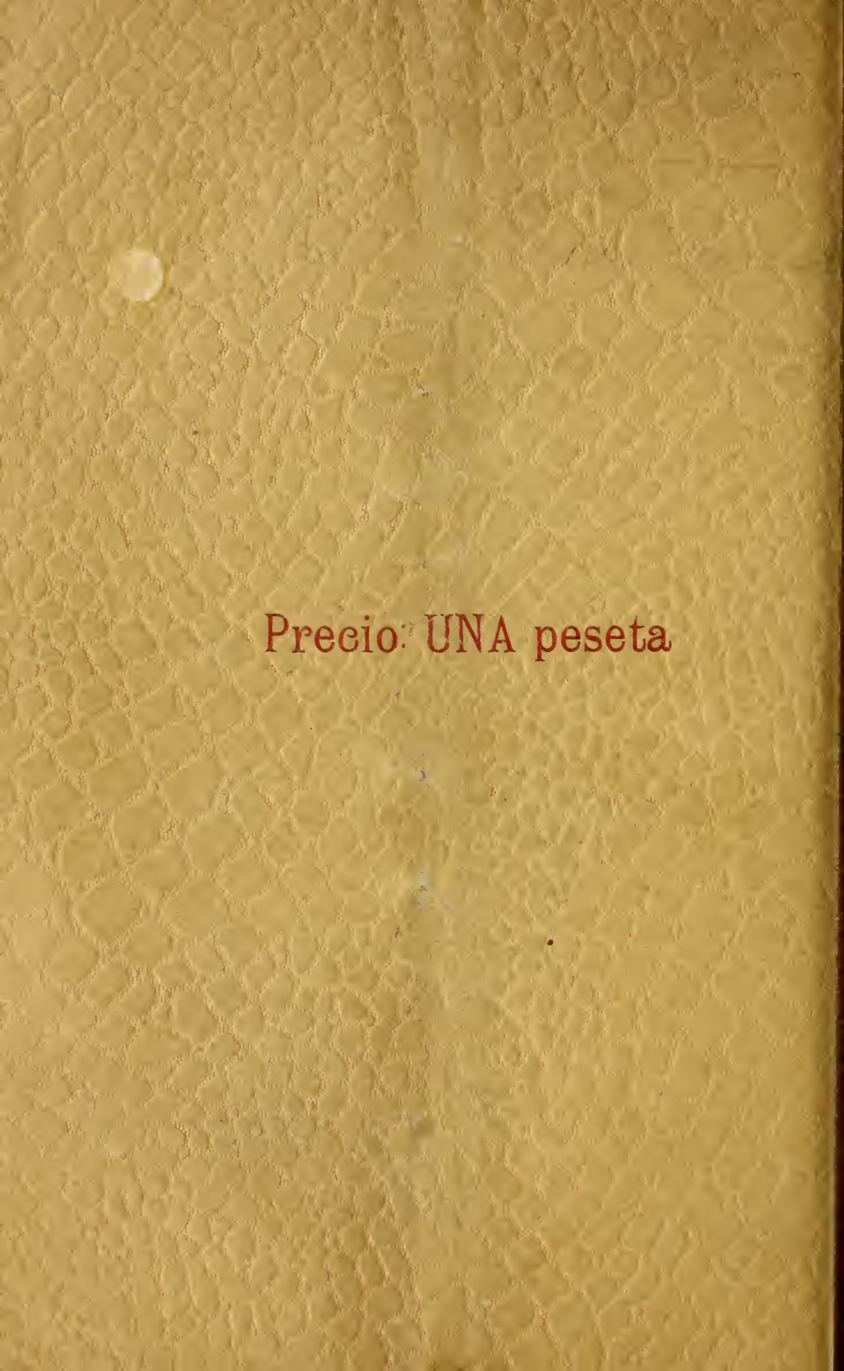
TELON

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

EL SUEÑO DE UN SIGLO.—Revista. Música del maestro Boezo.

ALMA QUE HUYE.—Comedia dramática.

ESTA COMEDIA DRAMÁTICA SE COM-
PUSO EN MÁQUINA LYNOTIPIA Y
SE IMPRIMIÓ EN LOS TALLE-
RES TIPOGRÁFICOS DE
"EL LIBERAL" EL
ÚLTIMO DÍA DE
MAYO DE
1909


Precio: UNA peseta